

**Palabras del Santo Padre a los participantes en el Encuentro  
organizado por la Conferencia Italiana de Institutos Seculares bajo el  
tema “*En el corazón de los acontecimientos humanos: los retos de una  
sociedad compleja*”**

**(10 de mayo de 2014)**

Había escrito un discurso para vosotros, pero hoy sucedió algo. Es culpa mía, porque concedí dos audiencias, no digo al mismo tiempo, pero casi. Por eso prefiero entregaros el discurso, porque leerlo es aburrido, y deciros dos o tres cosillas que tal vez os ayuden.

Los Institutos Seculares, desde el momento en que Pío XII los pensó y plasmó en la *Provida Mater Ecclesia*, constituyen un gesto revolucionario en la Iglesia. Son un acto de valentía que hizo la Iglesia en aquel momento, dándoles estructura y carácter institucional. Y desde ese momento hasta ahora es muy grande el bien que hacéis en la Iglesia con vuestra valentía, porque hace falta coraje para vivir en el mundo. Muchos de vosotros solos, en vuestro apartamento, vais y venís; algunos, en pequeñas comunidades. Todos los días, hacer la vida de una persona que vive en el mundo, y al mismo tiempo custodiar la contemplación, esta dimensión contemplativa hacia el Señor y también hacia el mundo. Contemplar la realidad, la belleza del mundo, pero también los grandes pecados de la sociedad, las desviaciones, todas estas cosas, y siempre en tensión espiritual... Por eso vuestra vocación es fascinante, porque es una vocación que está justo ahí, donde se juega la salvación no sólo de las personas, sino también de las instituciones. Y de muchas instituciones laicas necesarias en el mundo. ¡Por eso pienso que sí, que con la *Provida Mater Ecclesia* la Iglesia ha hecho un gesto verdaderamente revolucionario!

Me gustaría que siempre conservéis esta actitud de ir más allá; y no sólo más allá, sino más allá y en medio, allí donde se juega todo: en la política, en la economía, en la educación, en la familia... Tal vez es posible que tengáis la tentación de pensar, "*Pero, ¿qué puedo hacer yo?*" Cuando sintáis esta tentación, recordad que el Señor ha hablado del grano del trigo. Y vuestra vida es como esa semilla allí; es semejante a la levadura... Es hacer todo lo posible para que el Reino venga, crezca y sea grande; y cobije a mucha gente, como el árbol de mostaza. Pensad en esto. Vida pequeña, pequeños gestos; vida normal, pero levadura, semilla, que ha de crecer. Y esto os dará consuelo. Los resultados de esta imagen del Reino no pueden verse. Sólo el Señor nos hace percibir algo... Veremos los resultados allá arriba.

¡Y por eso es importante que abundéis en la esperanza! Es una gracia que tenéis que pedir al Señor siempre: la esperanza que no defrauda nunca. ¡Nunca decepciona! Una esperanza que siempre avanza. Yo os aconsejo que leáis con mucha frecuencia el capítulo 11 de la Carta a los Hebreos, que es el capítulo de la esperanza. Y aprended de muchos de nuestros padres, que recorrieron este camino sin ver los resultados, pero los percibieron desde lejos. La esperanza... Esto es lo que os deseo.

Muchas gracias por lo que hacéis en la Iglesia. Muchas gracias por las oraciones y acciones. Gracias por la esperanza. Y no olvidéis ¿eh?: ¡sed revolucionarios!

\*\*\*

## **Discurso preparado por el Santo Padre**

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy la bienvenida con ocasión de vuestra asamblea y os saludo diciendo: ¡Conozco, y os agradezco vuestra vocación! Es una de las formas más recientes de vida consagrada reconocidas y aprobadas por la Iglesia, y quizás por eso no entendida completamente aun.

No os desaniméis. ¡Formáis parte de esa Iglesia pobre y en marcha con la que sueño! Por vocación sois laicos y sacerdotes como los demás y en medio de los demás, llevando una vida normal, carente de signos exteriores, sin el apoyo de una vida comunitaria, sin la visibilidad de un apostolado organizado o de obras específicas.

Sois ricos tan solo de la experiencia totalizante del amor de Dios, y por eso sois capaces de conocer y compartir las fatigas de la vida en sus múltiples formas, fermentándolas con la luz y la fuerza del Evangelio.

Sois un signo de esa Iglesia dialogante de la que hablaba Pablo VI en la Encíclica *Ecclesiam suam*: "*Desde fuera no se salva el mundo -decía-. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; hace falta compartir —sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible— las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el mismo hecho con el que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio*"(n. 90).

El tema de vuestra asamblea, "*En el corazón de los acontecimientos humanos: los retos de una sociedad compleja*", señala el campo de vuestra misión y de vuestra profecía. Estáis en el mundo pero no sois del mundo, llevando dentro de vosotros lo esencial del mensaje cristiano: el amor del Padre que salva. Estáis en el corazón del mundo con el corazón de Dios.

Vuestra vocación hace que os intereséis por cada persona y por sus problemas más profundos, que a menudo no se expresan o se enmascaran. En virtud del amor de Dios que habéis encontrado y conocido, sois capaces de cercanía y ternura. Así que vosotros podéis estar tan cerca del otro como para poder tocarle, palpar sus heridas y sus expectativas, sus preguntas y necesidades, con aquella ternura que es expresión de la solicitud que borra cualquier distancia. Al igual que el samaritano que pasó al lado y vio y se compadeció. Este es el impulso al que os llama vuestra vocación: estar al lado de cada ser humano y hacerse prójimo de cada persona que encontráis; porque vuestro permanecer en el mundo no es sencillamente una condición sociológica, sino una realidad teológica que os llama a un "estar" consciente, atento, que sabe adivinar, ver y tocar la carne del hermano.

Si esto no sucede, si os distraéis o, peor todavía, si no conocéis este mundo contemporáneo sino que conocéis y frecuentáis solo el mundo que hace que os sintáis más cómodos o que más os seduce, entonces es urgente una conversión. Vuestra vocación es, por su naturaleza, de "salida", no solo porque os lleva hacia el otro, sino también y sobre todo porque os pide que viváis allí donde vive cada persona.

Italia es el país con mayor número de Institutos Seculares y miembros de los mismos. Sois una levadura que puede producir un buen pan para muchos, el Pan del que hay tanta hambre: la escucha de necesidades, deseos, decepciones, de la esperanza. Como he indicado de vuestra vocación, podéis devolver la esperanza a los jóvenes, ayudar a los ancianos, abrir caminos hacia el futuro, difundir el amor en cada lugar y en cada situación. Si esto no sucede, si vuestra vida ordinaria carece de testimonio y profecía, entonces, vuelvo a repetir, ¡es urgente una conversión!

No perdáis nunca el impulso de recorrer los caminos del mundo, la conciencia de que caminar, incluso con paso incierto o cojeando, es siempre mejor que estar parados, encerrados en las propias preguntas o en las propias seguridades. La pasión misionera, la alegría del encuentro con Cristo que os empuja a compartir con los demás la belleza de la fe, aleja el peligro de quedarse bloqueados en el individualismo.

El pensamiento que propone que el hombre es el creador de sí mismo, guiado sólo por sus propias decisiones y sus propios deseos, a menudo revestido con el ropaje aparentemente hermoso de la libertad y del respeto, amenaza con socavar los cimientos de la vida consagrada, especialmente de la secular. Es urgente que revaloricéis el sentido de pertenencia a vuestra vocación comunitaria que, precisamente porque no se basa en una vida en común, encuentra sus puntos fuertes en el carisma. Por esta razón, en la conciencia de que cada uno de vosotros sois para los demás una valiosa oportunidad de encuentro con Dios, debéis tratar de redescubrir la responsabilidad de ser profecía como comunidad, a fin de buscar juntos, con humildad y paciencia, una palabra de sentido que pueda ser un regalo para el país y para la Iglesia, y para dar testimonio de ella con sencillez.

Sed como antenas, listas para captar los brotes de novedad suscitados por el Espíritu Santo y poder así ayudar a la comunidad eclesial a hacer suya esta mirada bondadosa y a encontrar caminos nuevos y valientes para alcanzar a todos. Pobres entre los pobres, pero con el corazón ardiente. Nunca quietos, siempre en camino. Juntos y enviados, aun cuando estéis solos, porque la consagración hace de vosotros una chispa viva de Iglesia. ¡Siempre en camino con esa virtud que es una virtud peregrina: la alegría!".

¡Gracias, queridos amigos, por lo que sois! ¡El Señor os bendiga y la Virgen María os proteja! ¡Y rezad por mí!".